

A cincuenta años del Tratado de Letrán:

Consenso en la Sala de los Papas

Héctor Anabitarte Rivas y Ricardo Lorenzo Sanz



EL 11 de febrero de 1929 la edición de *L'Osservatore Romano*, en un formato mucho mayor que el habitual y por primera vez desde su fundación, apareció sin las clásicas citas latinas que recordaban la expoliación sufrida por el Vaticano en 1870. La llamada cuestión romana estaba a punto de quedar resuelta. La Iglesia Apostólica Romana perdía definitivamente sus territorios en este mundo. Cincuenta años después, luego de acontecimientos diversos, algunos muy contradictorios, la Iglesia de Pedro puede estar satisfecha. Ganó para perder. Como decía Lenin, un paso atrás...

Poco antes del mediodía de ese 11 de febrero, Benito Mussolini, jefe de gobierno de Víctor Manuel II, era recibido en el Palacio Lateranense por Monseñor Pizzardo y el abogado consistorial Paccelli (hermano del futuro Pío XII). En el primer piso le aguardaba el cardenal Gasparri, representante del Pontífice Pío XI. Pietro Gasparri es quien codifica el Derecho Canónico.

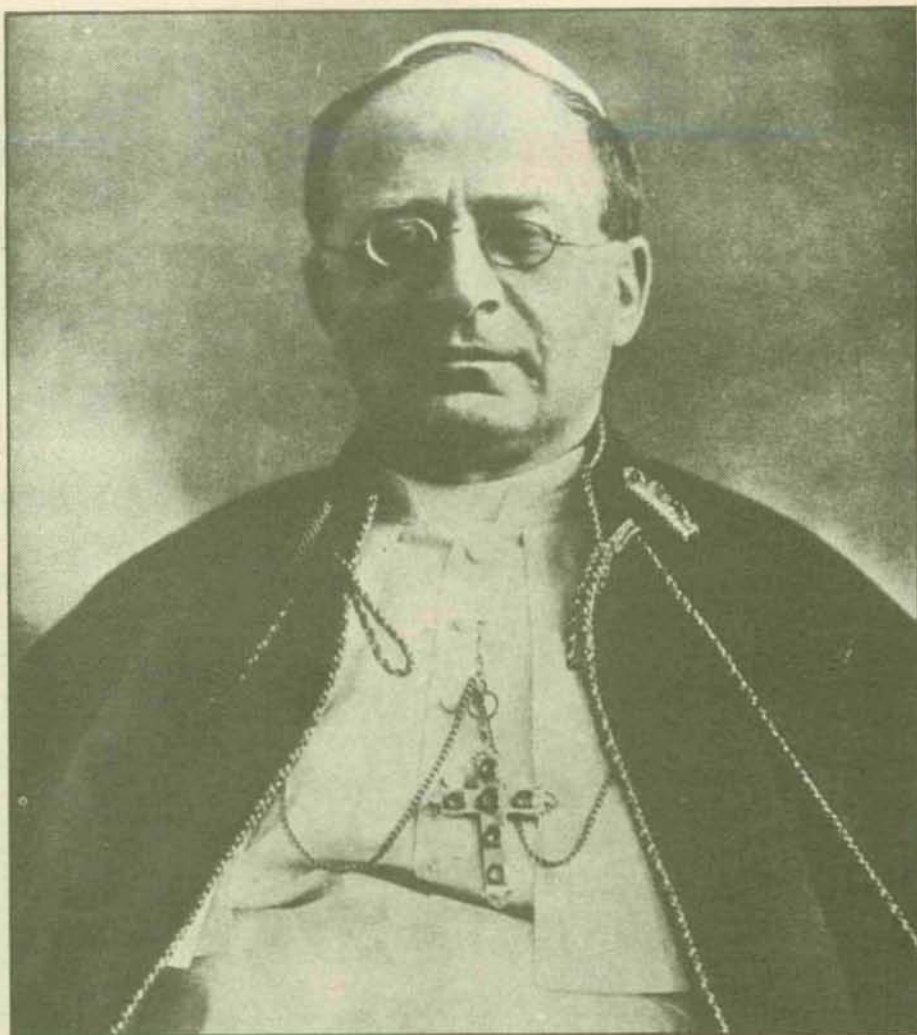
Ambos dignatarios, luego de admirar los objetos expuestos en el museo etnográfico, reunidos por las misiones de India, Indochina, Japón y China, penetraron en la Sala de los Papas, y ante la augusta mirada de los retratos de los Santos Padres procedieron a firmar, con una pluma de oro regalada por Pío XI, el Tratado de Letrán. Los solemnes firmantes atravesaron luego la Sala de Sixto V y salieron a la Plaza. Gasparri bendecía a la multitud mientras el Duce agradecía los vítores entusiastas de los seminaristas.

ANTECEDENTES

Con el nombre de **la cuestión romana** se conoce el conflicto existente entre el Estado italiano y el Vaticano durante el período comprendido entre 1870 y 1929. No obstante esta cuestión tiene antecedentes más lejanos y para comprenderla en toda su dimensión debemos remontarnos al Congreso de Viena del 9 de junio de 1815, celebrado por los Aliados luego de la abdicación de Napoleón en 1814, para reorganizar Europa.

El Congreso de Viena procedió al reparto del tan soñado Imperio Napoleónico. Los príncipes alemanes e italianos recuperaron sus territorios y Pío VII, aquél que coronara a Napoleón y fuera su cautivo en Fontainebleau, retornaba a Roma y obtenía su dominio sobre los Estados Pontificios con excepción de Ferrara y Aviñón. Sin embargo, la necesidad de constituir grandes Estados nacionales, condenaba el poder temporal del Vaticano, y Pío VII y sus sucesores, León XII y Pío VIII, deberían afrontar uno de los períodos más convulsivos de la historia de la Iglesia. Se agotaba el camino iniciado en el año 394, cuando Teodosio decidió que el cristianismo fuera la religión del decadente Imperio Romano.

Las circunstancias en que subía Pío IX al trono no podían ser más críticas. El estado general de Europa favorecía el desarrollo de los movimientos políticos reformadores. Giuseppe Mazzini, patriota republicano, funda en 1831 la «Joven Italia», con la intención de alcanzar la unidad italiana mediante la creación de una república burguesa. Pío IX es sensible ante esta nueva situación y se decide a introducir mejoras, y es así como el 16 de julio de 1846 otorga una



Pío XI (en la fotografía), dice públicamente: «... A los que aseguran que el territorio concedido es poco, les diremos que tiene la ventaja de la pequeña extensión, porque así no se añaden a las preocupaciones espirituales las materiales de un Estado dilatado.»

amplia amnistía a los presos políticos. Pero la oposición gana terreno: en Roma aparecen numerosas sociedades secretas que no reconocen la autoridad político-estatal de la Iglesia. Una de ellas, el Circolo Romano, dirigida por Ciceruacchio, gana muchos adeptos. Rechazan las reformas del Papa y exigen la instauración de un gobierno constitucional laico y la expulsión de los austriacos, aliados al Vaticano.

El 8 de febrero de 1848 los romanos se sublevan y obligan al Pontífice a destituir a todos los miembros de su gabinete y a formar un nuevo ministerio compuesto exclusivamente por seculares. Además se compromete a promulgar una constitución y a pronunciarse en lo referente al conflicto con

Austria. Dos meses después, el 29 de abril, al proclamar la constitución, Pío IX manifestó que en su calidad de Santo Padre podía efectuar las reformas solicitadas por la población, pero que nunca llegaría a declarar la guerra a Austria. La respuesta no se hizo esperar: el 15 de noviembre de 1848 era asesinado el conde Pellegrino Rossi, primer ministro del Vaticano. Su muerte es la señal para un levantamiento general. Al día siguiente fue sitiado el Quirinal y el 24 de noviembre el Papa se veía obligado a huir de Roma, refugiándose en Gaeta, en compañía de sus cardenales.

La Ciudad Eterna quedó en manos de los revolucionarios quienes proclamaron la repú-



La indemnización alcanza a los dos mil millones de liras, que el Gobierno italiano se compromete a pagar, después del acuerdo, y se hace efectivo mediante un empréstito interior, que es llamado el Empréstito de Conciliación. (Mussolini y el alto clero del Vaticano, el día de la firma de los Pactos de Letrán).

blica, siendo gobernada por un triunvirato formado por Mazzini, Armellini y Saffi. Uno de los primeros actos de gobierno fue la abolición del poder temporal de los Papas. Pío IX llamó en su auxilio a los gobiernos de Francia, Austria, España y Nápoles. El 29 de junio de 1849 el general francés, Nicolás Charles Víctor Oudinot, tomó por asalto Roma y el 12 de abril de 1850 entraba en la ciudad el Papa.

El gobierno de Pío IX —el filósofo español Jaime Balmes dice de él que es liberal y magnánimo, y no intransigente y absolutista como los partidos católicos españoles de la época—, se enfrenta a los revolucionarios y al ministro de Víctor Manuel II, Camilo Benso di Cavour. Estas dificultades se agravaban por las

crecientes exigencias de Napoleón III y el descontento popular ante la presencia invasora de tropas francesas y austriacas, encargadas de garantizar la seguridad de los intereses de la Iglesia.

La estabilidad del poder temporal del Papa no dependía tanto de Austria como del apoyo condicionado de Napoleón III. Cuando en agosto de 1858 se produce el encuentro de éste con Cavour, en Plombières, y se acuerda la guerra contra Austria, la suerte del poder papal queda sellada. Luego de la derrota de Magenta en julio de 1859, los austriacos abandonan los Estados Pontificios y comienza el desmembramiento de éstos. Romaña fue la primera provincia en levantarse y en septiembre de 1859 reconoce la

autoridad del rey Víctor Manuel. Un año después se produciría la invasión del ejército de Víctor Manuel a Las Marcas y La Umbría. Las tropas papales son derrotadas primero en Castelfidardo y luego en Ancona. Sólo Roma permanecía bajo el poder vaticano. El 5 de abril del 1861 Víctor Manuel es proclamado rey de Italia e instala su capital en Florencia, sede transitoria hasta que se produzca la caída de Roma. No obstante y a pesar de los asedios de Giuseppe Garibaldi, en 1862 y 1867, Roma resistió hasta el 20 de septiembre de 1870, cuando los ejércitos del rey, al mando del general Cadorna, atravesaron la Puerta Apia y entraron en la ciudad. El Papa se refugia en el Palacio del Vaticano.

El 15 de mayo de 1871 el Gobierno italiano promulga la Ley de Garantías, la cual acordaba al Papa derechos de soberano, una remuneración anual y la posesión territorial de algunos palacios romanos. Pero Pío IX rechaza esta ley, considerando que su aceptación lo transforma en un súbdito de la corona italiana, quitándole la autoridad necesaria para su trato y relación como jefe de la Iglesia con los otros Estados del mundo.

Según el historiador católico G. M. Bruño, «el Papa despojado vivió aún ocho años, valeroso, pero resignado, tratando a veces de engañar a su dueño con alguna agudeza. Hiciera lo que hiciera, sentía pesar sobre sí la reputación de intolerancia y de autocracia que le había achacado... Incluso espíritus más cultivados le reprochaban el Concilio Vaticano y el dogma de la infalibilidad pontificia...». El Papa había tratado de consolidar el poder del trono de Pedro y de unificar la Iglesia en un momento tan grave para ella. Pero todos sus esfuerzos, hasta sus resoluciones progresistas, no podían cambiar las circunstancias históricas. Sabía cuáles eran sus límites. Solía decirle a los más íntimos que era tiempo de su partida, que hacía falta otro hombre para aplicar otros métodos.

LA CUESTION ROMANA

La **cuestión romana** ocupa el reinado de cinco Papas, Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Durante todo este período el Pontífice será «el prisionero del Vaticano», el **calabozo** elegido voluntariamente. Mientras tanto el espectro político de Italia se iba radicalizando cada vez más.

En las elecciones de 1919, en **una Europa sacudida** por las consecuencias de la primera guerra mundial y de la revolu-

ción rusa, el Partido Socialista italiano, adherido a la Internacional bolchevique, obtiene 1.840.000 votos, contra 1.175.000 del Partido Popular. La Iglesia no puede ser indiferente a este proceso y debe lanzarse a la lucha política. «Para contrarrestar las funestas consecuencias del socialismo entre los obreros de la ciudad y los del campo —escribe Bruño—, los católicos italianos han fundado la Unión Popular, organismo complejo, que depende directamente de la Santa Sede y de los Ordinarios y tiene ramificaciones en toda la península... La Unión ejerce una notable influencia en la vida social y política italiana. Ha creado grupos profesionales o sindicatos en las ciudades y aldeas, asociaciones juveniles de señoras, de instrucción, de gim-

nasia, etc., todas de inspiración netamente católica y social, conforme a las enseñanzas de León XIII. En varios centros su actuación ha sido suficiente para amedrentar al socialismo y hacer triunfar a los hombres de orden en las elecciones municipales o legislativas».

La directa intervención de la Iglesia en la vida política italiana es el dique de contención del creciente movimiento obrero y popular, influenciado por los comunistas, los socialistas y anarquistas. La idea del acuerdo entre el Vaticano y un gobierno italiano fuerte y de derecha, es la clave del asunto, y adquiere una importancia fundamental. El diputado Benito Mussolini comprende esto y dice en el parlamento nacional: «La tradición latina e imperial de



La estabilidad del poder temporal del Papa no dependía tanto de Austria como del apoyo condicionado de Napoleón III. (Litografía de 1852 que representa al emperador Napoleón III).

Roma está representada hoy por el catolicismo. Si, como dijo Mommsen, hace veinticinco o treinta años, no se puede permanecer en Roma sin una idea universal, yo pienso y declaro que la única idea universal existente hoy en Roma es la que irradia del Vaticano». El jefe del fascismo se convierte así en el Teodosio del siglo XX.

Las negociaciones se inician el 1.º de enero de 1926. Fueron 200 entrevistas entre el representante del Papa, Pacelli, y el del Gobierno de Víctor Manuel III, Baroni. A la muerte de este último se ocupará personalmente Mussolini. El Papa, luego de reunir a sus cardenales, autorizó las negociaciones a condición de que se concertara un concordato.

El acuerdo alcanzado descansa sobre las siguientes bases: Por una parte, el Estado italiano firma un tratado derogando la ley de garantías de 1871, reconoce el principio y ejercicio de la soberanía papal

en el territorio denominado Ciudad Vaticana (0,44 kilómetros cuadrados), entrega una suma al Pontífice en calidad de indemnización por la pérdida de los Estados Pontificios y finalmente concerta un Concordato que regula las relaciones de la Iglesia y el Estado italiano. Por su parte Pío XI declara resuelta definitivamente la **cuestión romana** y reconoce al Estado italiano y su forma de gobierno.

El periódico vaticano, en su edición del 11 de febrero de 1929, expresa: «La Ciudad Vaticana es el territorio pontificio. Ese territorio, aunque hubiera sido más amplio, no hubiera hecho más evidente la soberanía del Pontífice, y, con el acuerdo de hoy, se confiere un carácter jurídico más solemne y sólido que hubiese podido hacerlo cualquier extenso territorio. Además, una salida al mar no era necesaria, y sabido es que son varios los Estados que no tienen acceso al mar». Como decía Pío IX,

en su autoencarcelamiento, hacía falta otros hombres y otros métodos.

Pío XI dice públicamente que «algunos creen que es pequeña la parte territorial pedida por los plenipotenciarios del Vaticano, pero he de hacer la aclaración que el propio Pontífice ha querido pedir poco, lo menos posible, haciéndolo con meditado propósito, por razones que no son del caso explicar. Y con esto queremos demostrar que el Papa es el padre que trata con los hijos y quiere llegar a una solución fácil... A los que aseguran que el territorio concedido es poco, les diremos que tiene la ventaja de la pequeña extensión, porque así no se añaden a las preocupaciones espirituales las materiales de un Estado dilatado».

En relación al problema económico del nuevo Estado, el Papa expresa que «algunos se han dejado influir por algunos prejuicios, porque, si se pudiera capitalizar todo el pa-



El 11 de febrero de 1929, el cardenal Pietro Gasparri, Secretario de Estado de Pío XI y Benito Mussolini firman los tratados de Letrán, que comprendían tres documentos: un tratado político, una Convención financiera y un Concordato que acababa con la querrela casi-secular abierta el 20 de septiembre de 1870, tras la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel II.



El cardenal Pacelli (en la foto), Secretario de Estado de Pío XI, tras la muerte de Gasparri, y un hombre «de total confianza».

trimonio de San Pedro, alcanzaría una cifra de la que la mente humana no podía darse cuenta». Esta afirmación, cincuenta años después, un Papa se cuidaría mucho de hacer. En esa oportunidad el Vaticano expresa que la Iglesia ha querido asegurarse su independencia económica (indemnización), pero «esperamos que no por ello cesen las ofrendas y los óbolos de los fieles del orbe católico» (ABC, 12-II-1929).

La indemnización alcanza a los dos mil millones de liras, que el Gobierno italiano se compromete a pagar, después del acuerdo, y se hace efectivo mediante un empréstito interior, que es llamado el Empréstito de Conciliación. Lo que el Papa no dice (y otorga) es que la «Iglesia es desde entonces un apoyo esencial del nuevo régimen, en el que ve un baluarte necesario contra los avances del socialismo» (Georges Bourgin).

Para los católicos de ese entonces, «en estos trances apurados, Dios suscitó a un hombre ignorado, Benito Mussolini, quien al frente de un partido que llamó fascista (de fascio, haz), y con mano de hierro, amordazó a socialistas y comunistas en revolución, y restableció el orden y la tranquilidad en Italia. Procedió enseguida a verificar grandes reformas; una de las principales fue el restablecimiento en su puesto de honor de cuanto atañe a la religión católica, sin la cual, dice este dictador, Italia no puede ser grande» (Bruno).

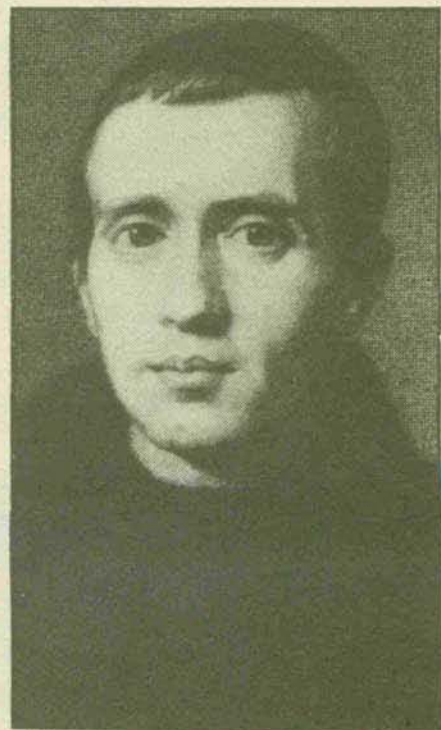
En 1869, cuando Francia era derrotada por los prusianos, y se producía la Comuna de París, el gabinete italiano de Sella comprendió que había llegado el momento propicio para tomar Roma. La historia no se repite, pero suele tener un cierto parecido a sí misma a través del tiempo. En 1944, el 4 de junio, los Aliados toman Roma. Pío XII no ha denunciado los campos de la muerte del nazismo, no excomulgó jamás a ningún fascista, cuando los SS se llevaban los judíos de Roma, a pocos metros del Vaticano, el Papa no se enteró. Una vez más el mundo de los hombres y de las mujeres, con sus contradicciones y sus luchas, golpean a la puerta del Santo Padre. Una vez más la Iglesia se salva por unas monedas (la historia de Judas se repite).

Con la Guerra Fría, el Vaticano toma partido por el bloque encabezado por los Estados Unidos. Indirectamente favorece a la Democracia Cristiana italiana y persigue a los comunistas. Ahora sí se producen excomuniones. Pero la Iglesia quiere evitar otra «Comuna de París». Hoy Roma tiene un alcalde marxista, un profesor independiente electo en la lista del Partido Comunista euroco-

munista de Berlinguer. Una vez más, para la Iglesia, la realidad es la única verdad. Y si ayer pactó con romanos imperiales, y luego con Napoleón, y más tarde con el Duce, ahora se prepara con serenidad para convivir en un mundo donde el socialismo es una realidad. Si pudo con Atila...

Contra todo pronóstico los cardenales han elegido en 1978 a un Papa no italiano, y procede de un país socialista. La Iglesia busca el consenso. Hace un siglo tan sólo era una Iglesia de blancos. En 1869, en el Concilio Vaticano I, asisten 731 padres, todos blancos. Hoy busca convertirse en un movimiento realmente mundial y todas las razas cuentan con sus representantes en la organización vaticana. A cincuenta años del Tratado de Letrán y a 25 años de la ejecución de Mussolini por los resistentes antifascistas, el sucesor de Pedro y sus hermanos, analizan cómo ubicar al catolicismo en el mundo asombroso del año 2000. ■

H. A. R. y R. L. S.



El filósofo español Jaime Balmes (en la imagen), dice de Pío X, que es liberal y magnánimo, y no intransigente y absolutista como los partidos católicos españoles de la época.